



Mario Soares y Salgado Zenha, en la manifestación socialista por el diario «República».

## PORTUGAL

### Crisis en las revoluciones simultáneas

Una revolución tiene siempre un arranque de fiesta, de inauguración de un mundo nuevo; tiene luego mucho de tragedia, de dolor, de dudas, de luchas. Una revolución es algo enormemente duro, aun ganándola. No es preciso recordar ejemplos: Rusia o Cuba, China o Argelia, son nombres que por sí mismos dibujan la rudeza de todo el proceso de creación y de construcción, de contradicciones, pasos —o zancadas— hacia atrás, paciencia infinita para hacer entrar el cuerpo vivo de la nación —el pueblo— en unos cauces que pueden diferenciarse mucho de las esperanzas que se pusieron en el día de la revolución —o de la independencia—; para hacer cobrar sentido al esfuerzo de cada día en virtud de un futuro que siempre tarda en llegar. Una revolución, aunque se gane, no se acaba de ganar nunca. Hay una inercia en las sociedades a mantener sus estructuras antiguas, un cansancio en los dirigentes, una resistencia en el material humano, que son siempre duras de vencer. Una agresión internacional que no ceja.

Portugal no es ninguna excepción. Pudo parecerlo, porque la gran fiesta de los primeros días —días de claveles y canciones— se prolongó largamente y porque los horrores de otras revoluciones —sangre, fuego, represalias— estaban misteriosamente ausentes. Vivir en Portugal los días de abril y mayo de 1974 era encontrarse con algo nuevo y original. Era, también, una de las revoluciones raras en que lo que se busca o se declara que se busca no era el dogma revolucionario, la imposición de un programa previo y destino, sino una amplia apertura sin dictaduras ni imposiciones. Una revolución democrática, con voz y voto para todos los partidos. Otra originalidad

portuguesa: la confraternización de militares y civiles, el sentido de fresco espontaneísmo con el que empezaba a inventarse la vida... Pero Portugal tampoco escapa a estas aparentes leyes antiguas: no hay revolución sin un sentido trágico del presente y del futuro. En Portugal estaba inscrito desde el principio por una cita imposible de evitar, concertada ya por el propio origen de la revolución: el país debía descolonizar, el país debía encontrarse, tarde o temprano, con graves factores económicos en contradicción con unas necesidades populares de salir inmediatamente de su mala condición de vida y de la opresión de medio siglo de un fascismo capitalista que fue explotador y rudo.

Una revolución no es tampoco una sola revolución: da la impresión de ser algo unívoco por la solidaridad que se crea en quienes luchan hombro con hombro. (¿Cuántas revoluciones hubo, en los dos bandos, en la de España?) La realidad es que cada revolucionario tiene su concepto propio de la revolución. No hay ninguna —y recordemos otra vez los nombres de naciones antes citados— que escape a esa condición de que más tarde produce el enfrentamiento de sus protagonistas. La frase, tan exacta, de que la revolución devora a sus hijos, tiene su origen en esta lucha por el asentamiento del poder, en el enfrentamiento de las varias revoluciones contenidas en lo que parecía una sola. Portugal no sólo no escapa a esta condición, sino que tiene una peculiaridad: la existencia, desde el primer momento, de dos revoluciones contradictorias en una sola (no hablemos ahora de las contradicciones entre grandes protagonistas, desde Spinoza a la extrema izquierda grupuscular). Hay desde el mismo 25 de

abril una contradicción entre la creación militar de la revolución, que le daba un sentido determinado —es decir, el sentido militar de la vida en un ejército muy profesional y con muchos años de guerra tras él— y la creación democrática del pluripartidismo, el parlamentarismo, las libertades de expresión y de opinión... Lo más extraño, en el caso de Portugal, es que esas dos formas de revolución han convivido, y conviven —todavía—, en un sistema muy especial y con muchas características de imposibilidad. Las dos revoluciones tan aparentemente incompatibles están institucionalizadas; por una parte, la forma militar, con su Asamblea igualitaria —con entrada de soldados y clases de tropa—, con su Consejo Superior y con su presidente militar y civil al mismo tiempo (lo es del Consejo y de la República), y por otra parte, la forma civil y democrática: partidos, elecciones, Asamblea constituyente. La crisis —aguda— por la que está atravesando en este momento Portugal es la de la contradicción entre la institución de las dos revoluciones. Parece que, inevitablemente, cuando una forma militar de vida y una forma civil se enfrentan, es esta última la que sale perjudicada.

Sobre esta base se articulan otros aspectos de la realidad portuguesa, que parecen ser los que más preocupan a los comentaristas y a los observadores del mundo: como lo es el enfrentamiento agudo entre el partido socialista y el comunista. Esta cuestión no sólo no es nueva en la historia, sino que es eterna. En el caso de Portugal, la agudización del conflicto, además de en una diferencia del sentido general de la revolución, se trata de actitudes referidas a las fuerzas armadas. El partido socialista se enfrenta con la militarización de la revolución: cree que es su mejor salida para no desaparecer devorado por el régimen sin partidos —que ahora continuamente proclaman los militares— o con un partido único —como el que se atribuye a Rosa Coutinho, o como el definido ya por Otelo Saraiva de Carvalho en unas declaraciones que publicamos en este mismo nú-

mero— obtenido de las bases de los partidos de la izquierda. Ya la distensión militar entre la base de los partidos y su dirección —lo que en la nueva jerga portuguesa se llama «cúpula»— es clásica en todos los sistemas antipartidistas —de la izquierda o de la derecha—; ya la llamada unidad con el pretexto de que los partidos realizan una labor de división (frase diaria en la doctrina del sistema español) vuelve también este movimiento militar a comparaciones clásicas.

No creo que el partido comunista portugués tenga temores muy distintos de los del partido socialista. Su táctica es otra, y parece puramente coyuntural: más que enfrentarse, como hacen los socialistas, sumarse. Sucedería esta vez que el partido comunista sería el verdadero «compañero de viaje» en un viaje de los otros. Por una parte, el partido comunista necesita distorsionar menos sus bases doctrinales para acoplarse al sistema de disciplina, de unidad, de austeridad, de los militares. Por otra, es su seguro de vida. Podría ocurrir que otros partidos fueran disueltos, y no el comunista, a cambio de esta entrega. En las frases que Cunhal repite estos días está muy claro su temor. Leámosle: «Una condena global de los partidos políticos por parte de los militares sería un error grave que, si se concretase bajo forma política, conduciría a una debilitación de los lazos entre el pueblo y las fuerzas armadas»; los militares deberían hacer «una distinción entre los partidos que participan activamente en el proceso revolucionario y los que los contrarian». (Declaraciones de Cunhal el domingo 18 de mayo.) Hay un claro temor a que el PCP se vea también envuelto en el paquete. Podría ocurrir, a la larga, que fuera el primero en ser de alguna manera acallado. No hay ninguna voluntad visible de salirse de la OTAN —de los Estados Unidos—, sino, más bien, de mantener a toda costa sus lazos y relaciones, en donde podría encontrarse una fórmula de ayuda para las crisis económicas. Toda una intensa actividad diplomática se está desarrollando en este sentido: el viaje de Correia Jesuino —ministro de Información— y de Costa Martins —del Trabajo— a Washington, el de Kissinger a Lisboa, la posibilidad de que Costa Gomes y Ford se encuentren en Bruselas —o quizá en París, si Costa Gomes prefiere, por razones de prestigio, evitar algo que pudiera ofenderle en la reunión de la OTAN de Bruselas— y, sobre todo, la visita del ministro de Asuntos Exteriores, Melo Antunes, a Bonn para entrevistarse con quien hoy puede aparecer como el primer anticomunista de Europa y uno de los más calificados del mundo, el vicepresidente Genscher —reciente viajero oficial a España—, y con Kissinger en la misma ciudad, deban dar mucho que pensar y muchos motivos de inquietud a los comunistas portugueses. Todos los interlocutores de Portugal reclaman en primer lugar la exclu-

sión del partido comunista del gobierno y su alejamiento de los resortes militares y de información. Un primer paso en este sentido podría ser la creación de un gobierno estrictamente militar, con exclusión de todos los miembros civiles que representan los partidos.

La disputa socialistas-comunistas podría servir de pretexto para esta operación antipartidos que está ya verbalmente expuesta. Como el caso del diario «República», de línea socialista: la disputa en su interior de una facción comunista —principalmente en los talleres— con la facción socialista que ocupaba la dirección y la Redacción ha servido para que se zanje la disputa sin atribuirse a unos ni a otros: simplemente, clausurando el periódico, aun exponiéndose las fuerzas armadas al clamor general y universal en favor de la libertad de expresión que se alza en el mundo —y muy justamente— contra los atentados estatales a la libertad de prensa. Se puede pensar que esta cuestión de «República» está incluso por encima de los puros problemas de libertad de prensa, y mucho más allá de la disputa socialistas-comunistas: es un ensayo de las fuerzas armadas de resolver por la negación el «divisionismo» que denuncian en los partidos políticos.

Se está hablando del MFA como si se tratase de una formación homogénea. Tiene el aspecto unitario de todos los movimientos militares, que por naturaleza profesional tienden a la unidad disciplinaria; pero hay bastantes diferencias entre sus miembros. Después de las últimas depuraciones de los elementos de derecha o de los conservadores —para lo cual fue enormemente útil la intencionalidad spinolista del 11 de marzo— quedan dos tendencias definidas: la de los «tercermundistas», que propugnan un neutralismo y los que han abra-

zado una izquierda que pretende la implantación del socialismo. Paradójicamente, estos últimos son los que más pueden inclinarse hacia un entendimiento global con la OTAN y con los Estados Unidos; ya Kissinger ha advertido públicamente —y, en privado, a Melo Antunes— que la OTAN no podría aceptar un neutralismo. Y es lógico: la OTAN es una Organización comprometida militar y políticamente en un anticomunismo, en un antisovietismo.

La simultaneidad de las dos revoluciones portuguesas, la civil y la militar, quizá pueda subsistir durante algún tiempo, aunque sea siempre a expensas de una de ellas; pero no parece probable que pueda perdurar. En el futuro se ve un dominio absoluto del ejército en el país, sin demasiadas concesiones a la democracia ni a los partidos, con un alejamiento del partido comunista; quizá solamente durante el plazo de los tres a cinco años que el MFA, en la convocatoria de las elecciones y en el pacto con los partidos políticos, ha prometido, con base en la siempre utilizada «madurez» del pueblo para la democracia; quizá pueda prolongarse durante bastante más tiempo del previsto o del que sería de desear.

Cualquier pronóstico es, sin embargo, aventurado. Porque no se trata de una situación «hecha», sino de un proceso que se va haciendo cada día, y que ahora es más ostensible porque ha alcanzado un punto de crisis. Las torpezas se codean con los aciertos, la caída en los tópicos con los rasgos originales. Desde un punto de vista muy amplio y muy alejado de la simple anécdota, es un proceso revolucionario tan doloroso, tan difícil, tan proclive a desviarse por caminos perdidos, tan rico en posibilidades, como cualquier otro de los que ha conocido —y conocerá— la historia. ■ E. H. T.

la excepción de aquellos que, siendo bastante tradicionalistas o conservadores, se aferraron al conservadurismo y, en consecuencia, a toda una política de derechas, en la que estaban arraigados y de la que no querían de modo alguno separarse. (...) La ideología del MFA es, por lo tanto, en este contexto difícil de concretar. Es, pues, una ideología de izquierda. Queremos construir un socialismo en Portugal; no tenemos una idea demasiado concreta de lo que queremos realmente, y en esta situación es muy difícil establecer un cuadro de la evolución seguida. (...)

«EXPRESSO».—De cualquier forma, parece ser que, según las últimas declaraciones de figuras representativas del MFA, incluidas las suyas, el camino apunta hacia un socialismo inserto en un contexto tercermundista de características eminentemente populares. Ahora bien, esas declaraciones y ese camino parecen tener algo en común con los verdaderos movimientos de liberación de las colonias.

¿Hasta qué punto la ideología y los métodos de esos movimientos han influido o influirán sobre el pensamiento político de los militares portugueses?

S. DE C.—Creo que puede haber influido realmente. Es precisamente a través de un conjunto de vivencias como los hombres van ganando experiencia, van estratificando sus propias opiniones, eliminando aquellas que consideran menos válidas en relación con su propia manera de sentir y de ser y tan caminando por la vida solidificando un conjunto de opiniones que les dan una determinada estructura en todas las ramas del conocimiento humano y, por tanto, también en la política. (...)

Nos debatimos dolorosamente entre nuestra insuficiencia política, la característica europea del contexto que estamos insertos, y decidimos que el poder político debería serles entregado en el más breve espacio de tiempo a los políticos, quedándonos nosotros con el poder militar tan sólo... Quisimos acto seguido que el poder político y el poder militar fueran independientes. Había también un importante punto de análisis: y es que aun cuando no diésemos importancia al hecho de que se nos pudiese considerar como dictadores militares caso de instaurar una dictadura de este tipo, no quisimos hacerlo no sólo por el complejo de la dictadura militar, sino también porque uno de los hombres ya escogidos por las Fuerzas militares por su figura carismática era el ex general Spínola, y ése sí, el ex general Spínola era un hombre de talante marcadamente dictatorial. Si hubiésemos corrido, por tanto, el riesgo de imponer una dictadura militar teniendo a Spínola al frente del proceso, entonces si que habríamos corrido el riesgo de una auténtica dictadura militar. No aquella, que nosotros sabíamos que no era una dictadura porque no estábamos sedientos de poder. Nuestra única am-

bición fue derribar al Gobierno, que sabíamos el pueblo no aceptaba. Spínola tenía, no obstante, una ambición de poder que no era compatible de ningún modo con nuestras propias ambiciones. (...) Ahora bien, repito que hubo en mí mismo y en muchos camaradas una influencia bastante grande de los movimientos de liberación.

«EXPRESSO».—El proceso ha sufrido convulsiones visibles en los individuos que han ido saltando fuera. Sin embargo, quedan todavía algunos que no fueron arrojados fuera por las convulsiones y que se han convertido en elementos conservadores. ¿De qué modo esos oficiales conservadores que aún subsisten en las Fuerzas Armadas se insertan en el proceso revolucionario, y hasta qué punto incluso aquellos que más honradamente tratan de estar a la altura de las circunstancias, aun cuando se ven muchas veces por la propia dinámica del movimiento, podrán mañana obstaculizar la marcha de la revolución?

S. DE C.—Pienso que será extremadamente difícil obstaculizar el proceso, lo que, por otro lado, ya hemos visto. Lo que trataron de obstaculizar lo han sido precisamente los que han saltado del carro a lo largo del año. El carro, sin embargo, ha continuado, y lo llamo «carro» en lugar de tren porque ha avanzado muy rápidamente en algunos aspectos y con extraordinaria lentitud en otros, pero, tal como decía Lenin, es preciso muchas veces retroceder dos pasos para avanzar firmemente. Así, en algunos casos hemos avanzado con cautela, mientras que en otros el avance ha sido extremadamente rápido. Estoy plenamente convencido de que estamos construyendo una revolución tan original como difícil. En cuanto a los camaradas conservadores tradicionalistas, es verdad que muchos de ellos han tenido dificultades extraordinarias para mantenerse a la altura del proceso revolucionario. Muchos han sido ya apartados del mismo, y es posible que otros lo sean en un futuro. Existen en la realidad algunos que honradamente quieren acompañar a ese proceso, pero que en su tradicionalismo se rebelan contra un Estado que califican como de indisciplina y desorden, que quieren honradamente seguir el proceso, pero que no lo comprenden y que no aceptan las secuelas propias de una revolución, revolución que ha sido extraordinaria en su pacifismo, tratándose de una revolución socialista. Estoy convencido de que más tarde o más temprano, esas personas tendrán que abandonarlo, si no tendrán que sufrir continuamente (sólo por querer aferrarse a su profesión) de un complejo permanente de culpa por no tener el valor de rebelarse contra ese proceso.

«EXPRESSO».—Después de las elecciones comenzó a producirse a nivel civil una especie de lucha partidista. ¿De continuar estas venganzas o rencillas partidistas, con su inevitable repercusión en las Fuer-

## BRIGADIER OTELO S. DE CARVALHO:

### «La dinámica de la revolución desbordará a los partidos»

● Han despertado un gran interés las declaraciones del brigadier Otele Saraiva de Carvalho al semanario portugués «Expreso». Aunque no integras, ofrecemos a continuación los pasajes que permiten conocer bien el pensamiento del brigadier, y con él el de una parte del MFA, clave para entender el debate político polarizado por algunos partidos portugueses y los militares más portugueses.

«EXPRESSO».—¿Podría trazar un cuadro político-ideológico del MFA desde el 25 de abril de 1974 hasta la fecha?

SARAIVA DE CARVALHO.—Es difícil trazar un cuadro de esa evolución política e ideológica, pues carecemos en este momento de un cuadro definido. Tenemos, eso sí, una línea, pero de la línea al cua-

dro media una distancia bastante grande. Lo único que puedo afirmar por ahora es que el 25 de abril de 1974 era reducidísimo el número de ideólogos del Movimiento. Aparte de Melo Antunes y de la comisión que trabajaría después en el programa redactado por aquél, había pocos camaradas más que tuviesen realmente una idea política clara de lo que ocurría en el país y de las perspectivas que podrían abrirse en el campo político de la vía hacia el socialismo.

La mayoría de nosotros comenzamos a aprender política en la medida de nuestras capacidades a partir del 25 de abril de 1974.

Tenemos realmente, aunque difusa, una ideología de izquierda, con